



La comunicación entre padres e hijos

Hay momentos en la vida familiar en la que parece que todo se ha roto. Las situaciones son cada vez más tensas. El diálogo entre los padres se vuelve imposible y la comunicación con los hijos está muy lejos de merecer la palabra diálogo.

Una vez más, el análisis de estas situaciones puede hacerse a través de varias técnicas. Una de ellas puede ser la Conferencia. Los 15 puntos que redactó, hace ya algunos años el P. José María de Llanos, para aprender a dialogar constituyen un esquema válido para elaborar una conferencia.

OBJETIVO: Redactar una CONFERENCIA que analice el tema de la comunicación padres-hijos. Como sugerencia, señalamos, al final algunas **actividades** que pueden realizarse con esta técnica.

RECETARIO PARA DIALOGAR DECENTEMENTE

O te pegas con el otro, o pontificas, o dialogas; no hay cuarta solución.

El diálogo, con todo lo molesto y difícil que es, constituye algo más que un feliz hallazgo —ingenuo como el descubrimiento del Mediterráneo—, un punto de partida para ir haciendo ese mundo mejor, distinto, revolucionario —dígase como se quiera— que si no sale de él, pues quedará «nonato».

Y todos, entonces, nos hemos lanzado a dialogar, pero unos a voces, llamando diálogo a una locución con ligeros paréntesis; otros sumando monólogos a monólogos, con lo cual, al final, no hay quien saque nada en limpio; otros, además, intentando convencer al desgraciado contrincante a fuerza de todo eso que pone el hombre en sus palabras cuando no le da la gana escuchar a nadie.

Dialogar es otra cosa, y hoy se nos presenta como ejercicio de relación imprescindible, pero nada fácil; el número de los aficionados es enorme y así sale ello; el grupo de sus profesionales, en cambio, es escaso y merece, por su «heroísmo», toda serie de honores.

Pero, no todo lo equivoco que en el diálogo de nuestros días se da, no todo es fruto de picardía y de espontaneidad «alegre y confiada», sino también de ignorancia, por ello me atrevo, al nivel modesto y práctico del recetario, a ir diciéndome en voz alta cómo debiera yo, por ejemplo, dialogar con ustedes.

1. En cabeza un presupuesto: si no aceptamos y respetamos el PLURALISMO en casi todos los terrenos donde nos encontramos los hombres, ya no merece la pena ni empezar.

2. Asimismo, también hay que negarse a dialogar, ni en broma, si no se confiesan ambos parlantes caballeros de la nueva orden de nuestros días llamada de la NO-VIOLENCIA. Para los violentos, el diálogo les hace, ciertamente, daño al hígado.
3. Item más, la fe en la PALABRA como instrumento suficientemente apto, pero no más que el OIDO en este grave quehacer humano de acercarse a la verdad siempre esquiva. Ello supone distinguir la palabra de lo que a veces lo parece, y la atención de lo que no pasa de ser una audición respetuosa.
4. Pero, al mismo tiempo, es imprescindible partir de que si todos somos aptos para alcanzar la VERDAD o las verdades en grado decente, no menos estamos sujetos a la ley del ERROR, y todavía más al deber de la inquisición sin término.
5. Entonces comenzaremos por despejarnos, porque si hay calor en el cerebro lo que se impone es el abanico —o el ventilador— que no el diálogo. Advertencia tan tonta como importante, especialmente en la juventud y en los que saben mucho y viven tan seguros...
6. Y la elemental regla de juego: YO HABLO PARA QUE TU ESCUCHE, TU HABLAS PARA QUE, A MI VEZ, ESCUCHE YO. Las superposiciones de palabras, por muy humanas que parezcan, dan como resultado lo de las fotos asimismo superpuestas. A veces, eso sí, resultan muy divertidas.
7. La SINCERIDAD se supone —como el valor en los soldados—; si las palabras no van a servir sino de tapaderas de opiniones ocultas, semiocultas o sospechosas, entonces, ¿por qué no jugamos a otra cosa? Y adviértase que de ordinario se distingue muy bien la palabra clara de la palabra espesa.

8. Y ahora el deber GENEROSO de darlo todo, de no callarse nada tacañamente porque el otro no «merece» participar en la sabiduría propia. Entonzes, cuando se limita cada cual al papel de vulgarizador por desconfianza del correspondiente dialogante, cuando uno se reserva así, se peca, yo creo, más que cuando por darse por erudito se machaca al amigo con una serie de conocimientos humillantes por empinados. Lo cual supone una medida, que propiamente nace del amor y respeto al prójimo.
9. Y siempre la atención puesta en no cubrirse, como en el boxeo, para que el otro no te golpee con su razón. El dato es capital porque distingue al diálogo del pugilato. Es decir, NO se puede dialogar A LA DEFENSIVA NI A LA OFENSIVA, pero sobre todo a la defensiva, dictada por el sutil orgullito: «Que no me pise este amigo.»
10. Aquí añadiríamos la nota complementaria de un convencimiento también insustituible, el de que por mucho que dialoguemos —por ejemplo ustedes y yo— nunca llegaremos ni a «destripar» una verdad del todo, ni al escepticismo absoluto, dimisión de nuestra característica

mor, a la distensión, a la viñeta, a la anécdota, a todo eso sin lo cual no serán dos hombres quienes hablan. Y por ello, es decir, por olvidar lo, tantos dicen que dialogar ¡ni pum!, que la cosa es aburrida.

13. Y respecto al tiempo, un NO A LAS PRISAS —ese fruto tan de nuestro tiempo— que despachan un diálogo en dos minutos, porque no hay tiempo para más; la verdad es más importante que el tiempo y por ello «póngase usted cómodo y empecemos con calma», pero eso sí, no con tanta que se aspira a concluir. Todo auténtico diálogo debe quedar ABIERTO, con un «hasta mañana». De otro modo es muy posible que haya habido un vencedor y un vencido, es decir, no diálogo sino boxeo.
14. Decía arriba del humor, como necesario para humanizar esta bendita esgrima intelectual, pero ¡jo!, el humor tiene su riesgo y su genio malo, que consiste en el afán por ser ingenioso y decir frases, en el deseo por convertir el diálogo de la vida en el diálogo del escenario y con público. ¡Cuántos lo hemos hecho así divirtiéndonos mucho y engordando nuestra vitalidad!



- humana. La finalidad dialogante debe ser más atrevida y más modesta: ENCONTRAR «ENTRE LOS DOS» un poco más de verdad y coincidencia. Ni más ni menos.
11. Y aunque ya lo hemos dicho, es ¡tan importante!, que es menester la reiteración: SABER ESCUCHAR, SABER ESCUCHAR, SABER ESCUCHAR todo y hasta el límite a aquél y más que a uno mismo (pues esta atención es espontánea y ya se encarga la vanidad de mantenerla). La escucha detenida y objetiva que supone no estupeor de la búsqueda de lo que vas a responder al estudio de lo que el otro va diciendo, constituye el «quid» o secreto de este supremo arte de los «dioses».
12. Pero, ¡por Dios! por mucho que digan con precisión y mucho que atiendas con captación sincera, NO DESHUMANICEMOS el diálogo y lo convirtamos en eso antes torpemente apuntado: decires olímpicos. El diálogo humano ha de tener carne, es decir, márgenes al hu-

15. Y rematemos con una recomendación que es un criterio de autenticidad: diálogo que no concluye con un aumento mutuo de afecto entre los dialogantes es que ha cojeado por algún sitio y le ha fallado algún registro y por ello no ha servido para lo que no vienen a ser sino la otra cara de la verdad encontrada, a saber, un amor recrecido. El apretón de manos final entre los dialogantes ha de ser más fuerte que el del saludo primero. Entonzes habrás dialogado, de lo contrario habrás «parlanchinado», lo cual también tiene su mercado y su precio. ¡Ah!, y como epílogo, lo de la OPORTUNIDAD, porque los hay pelmas dispuestos a dialogar a la vuelta de cualquier esquina, a «contestar» cuando menos se piensa, a exigir el duelo intelectual cuando no viene a cuento. Y ya nos dijo el Eclesiastés que había un tiempo para callar y otro para decir cosas. Entonzes, que me perdonen los lectores. ¡Si yo dialogase así!

ACTIVIDADES

1. Invitar a algún especialista a que presente un informe sobre la *comunicación*.
2. Preparar en grupo una conferencia sobre las dificultades de la comunicación en casa a tres niveles: PADRE-MADRE, HERMANOS-HERMANAS, HIJOS-PADRES.